



PAGINAS DE LLURIA

CONCEPTOS DE LA LEY DE EVOLUCION

En la Naturaleza, la organización obedece a leyes armónicas que representan relaciones que se realizan constantemente en proporciones definidas y exactas; La Humanidad forma parte de esta organización. Luego si el hombre es una excepción, es que ha infringido las leyes naturales.

El patrimonio de la Humanidad es la Naturaleza, son las fuerzas naturales. El capital, dinero, es un recurso limitado, y en él no estriba la felicidad de todos los hombres.

El darwinismo produjo un gran trastorno en las ideas religiosas y filosóficas. Las polémicas fueron vivas y encarnizadas. Virchow acusó al darwinismo de conducir directamente al socialismo. Los darwinistas alemanes, entre ellos Haeckel, protestaron enérgicamente. De las razones que alegaban unos y otros, se deduce claramente que, si se hicieron cargo de lo que es el transformismo, no vieron, en cambio, la relación que éste tiene con la ciencia social.

Así como el magnetismo terrestre orienta la brújula de Norte a Sur, la conciencia humana tiene también su magnetismo, que la orienta hacia la felicidad.

No podemos creer que los hombres que se dedican a las ciencias positivas que han despoblado los cielos—se nieguen a reconocer el legítimo derecho de la Sociología en su justo afán de redimir al hombre.

Cuando mejora el medio, los hombres se hacen más sanos, las condiciones necesarias para la integridad cerebral empiezan a realizarse, se establece mejor el contacto de la Naturaleza con el cerebro, y un fenómeno como de inducción eléctrica se verifica; y de ahí el impulso extraordinario que toman los pueblos en estas condiciones. El cerebro del hombre sano tiene fuerzas que deben ser más extraordinarias aún que las recientemente descubiertas de la radioactividad; la inteligencia debe tener algo de esas extraordinarias propie-

dades, y gracias a las cuales se graban los fenómenos en serie paralela a las leyes naturales, propiedad que hace que, cuando la sustancia en donde radica la inteligencia se conserva sana, la fuerza de la Mecánica Universal se difundan por el cerebro de los hombres para comunicarle sus energías. Y cuando la estructura y la composición del cerebro alteren su composición, bien sea que la circulación disminuya la presión o que la sangre pierda su pureza, o bien sea que, debido a esta alteración del plasma sanguíneo, algunos de sus elementos, como neuroglia, la mielina o el cemento intercelular, se alteren, desaparecerán esas propiedades y ya la inteligencia no realiza el fenómeno de inducción o radiación, perdiendo su equilibrio y su grandeza; el «mens sana in corpore sano» 110 existirá, viniendo la época de la decadencia con todas sus miserias físicas y morales.

Así las civilizaciones decaen por efecto de las alteraciones que sufren los cerebros, porque los hombres violentaron las condiciones normales de la vida.

Taine dice que «el arte traduce la vida». Aquí arte quiere decir vida, psíquica; y vida, la vida física, la vida animal. El paralelismo es evidente y encierra un dato que para la educación de la Humanidad no puede perderse ni un momento de vista. Cuando los pueblos se encuentran en uno de estos períodos de prosperidad física y psíquica, es porque tienen una nutrición abundante que hace posible una vida más sana, regular e intensa, es decir, cuando el medio suministra al hombre sustancia abundante o suficiente para reparar sus pérdidas alimentándose bien, es cuando el hombre únicamente puede desarrollar la virtualidad de que es capaz. La sangre necesita disponer de todos los alimentos necesarios para reintegrar al hombre en todas sus energías; y por eso el cerebro, recibiendo un plasma rico y reparador, conserva la integridad de todos sus elementos nervioso, y entonces se hace posible la inducción de lo Externo a lo Interno.

La Naturaleza tiene un modo de proceder lógico, que da a sus fenómenos regularidad y por eso es posible examinando una serie de hechos que forman sistema, erigir una ley. La lucha por la vida está inspirada o deducida de una serie de observaciones naturales, y, por tanto, sólo es aplicable a las causas naturales, pero no a la sociedad actual, obedeciendo a una organización que gira o evoluciona toda ella sobre una base, que no reconoce ninguna ley ni principio natural, sino un principio arbitrario y en contraposición con las leyes naturales, como es el Capital.

Dada la organización social presente, la Humanidad no ha podido ser de una manera distinta de como es, sino que necesariamente tiene que mostrarse egoísta, porque así lo requiere el concepto de la propiedad. Esta es absurda, aunque no sea un robo, y es legal, aunque no sea legítima.

No hay derecho de ninguna clase para decir a los hombres de tal o cual religión o filosofía distintas a las nuestras, que mienten; porque las ideas que forman el ambiente social moldean la estructura cerebral de un modo tan preciso como la composición química de la forma y la estructura a los cristales. No, las ideas obedecen también a la inercia, como las rocas, y si la Humanidad no marcha o no prospera, es porque es muchísimo mayor el número de cerebros inertes que el de los activos y la balanza se inclina siempre al lado del peso mayor. Las revoluciones surgen y triunfan fatalmente cuando las ideas, fuerzas de ciertos cerebros, es mayor que la inercia de los unos y la neutralidad de los más. El progreso de la Humanidad está en razón directa de la fuerza en las ideas.

La cuestión económica ha resistido al embate de los tiempos y de las revoluciones, porque no se ha concretado aún la fórmula del porvenir. Si la cuestión económica es tan antigua como el mundo, la Sociología, en cambio, es una ciencia de ayer, porque es la tributaria de la ciencia biológica, como ésta lo es, a su vez, de las ciencias físico químicas y era menester que progresaran los antecedentes, para que se siguieran los consecuentes.

La Sociología no ha tenido aún tiempo de integrarse en la ley de la evolución. A. Comte, el verdadero fundador de la Sociología o H. Spencer, el que ha hecho la mejor síntesis, no han logrado interpretar esta nueva ciencia, según dicha teoría, precisamente porque sus cerebros no pudieron desligarse del peso muerto que en la inteligencia humana representa el concepto de la propiedad acumulado durante tantos siglos.

No creo que pueda decirse más de lo que ha dicho Marx, en lo que se refiere a la crítica del capital, ni que dentro del régimen capitalista o colectivista encuentren nunca solución las aspiraciones de los hombres; por eso he afirmado refiriéndome a este período de la evolución, a que corresponde toda organización económica, que es una evolución aberrante, como las que hay en biología y que acaban por desaparecer, cuando llega un momento en que sus condiciones* son inadaptables.

«Otros grupos aberrantes —dice Laloy— son aquellos que, después de haberse elevado a un determinado nivel orgánico, vuelven al estado que sus antepasados habían abandonado desde largo tiempo. Citamos ya el ejemplo de las serpientes que perdieron sus patas, teniendo que volver a la reptación. Otros mamíferos adaptados a la vida terrestre, han vuelto a vivir en el agua, sufriendo modificaciones más o menos profundas, aunque conservando sus pulmones: tales son los pinnípedos (focas y morsas) y los cetáceos (ballenas, cachalotes, etc.) Los primeros son carnívoros marinos, unidos a los verdaderos carnívoros por intermedio de las nutrias».

Las condiciones económicas de la vida han dividido a los hombres en pastores y guerreros, patricios y plebeyos, nobles y pecheros, burgueses y proletarios; es decir, divisiones hijas de la época y de la ignorancia, de lo cual resultaba, y resulta, que una parte de la Humanidad, la menor, ha vivido y vive a expensas de la otra parte de la Humanidad, de donde proviene un antagonismo muy natural, que es lo que constituye la lucha de clases. Ese antagonismo no es fruto de perversión, sino de los errores de la época, y si no se han remediado antes, no es por falta de voluntad, es porque no se conocía, ni se conoce aún, la manera como ha de efectuarse ese cambio, y lo propuesto hasta hoy es vago y confuso, no existiendo la imagen clara de lo que será la sociedad del porvenir. Pero el día que esta visión exista, el día en que la mayoría de los hombres puedan percibir lo que ha de ser y como se ha de hacer, entonces, lo mismo que una religión ha sustituido a otra y una filosofía a otra filosofía, a la miseria actual sucederá otro estado más dichoso. Mejorar y librarse de tanta miseria es un anhelo constante. El escepticismo y el pesimismo son debidos a la dolorosa espera de tiempos soñados que no llegan; pero la Humanidad no desea otra cosa que orientarse hacia una nueva vida, y en su ansia de felicidad encaminarse hacia soluciones mejores.

Al decir esto, no debe olvidarse lo que ya se ha dicho a propósito de la rutina, es a saber: que habrá una inmensa cantidad de cerebros, en que las ideas propias y las que heredaron de sus antepasados no les permitan nunca llegar a concebir otra situación distinta de la actual, porque las asociaciones formadas por las prolongaciones protoplasmáticas de sus neuronas son ya invariables y les será imposible formar otra trama de asociaciones para adaptarse a las nuevas ideas. Con estos cerebros es inútil contar, no por mala voluntad, sino por carencia de aptitud para modificarse.

Lo cual, lejos de ser un inconveniente, será una ventaja, pues solo la aceptarán aquellos que tengan temperamento o educación apropiados, es decir, que se hará una selección, la selección del desinterés y la de los cerebros más activos.

Las condiciones económicas no se limitan a producir la lucha de clases, sino que, como hemos visto, alteran la salud, sometiéndola a su antojo; de ahí resultan otras divisiones que, como las primeras, reconocen el mismo origen. Así hay hombres fuertes y endebles, gordos y flacos, altos y bajos, alegres y tristes, inteligentes e imbéciles, criminales y locos, tuberculosos y artríticos, etc. y tan gran variedad es debida a las alteraciones que toda pérdida de fuerzas imprime, degenerándola o desviándola de su equilibrio normal.

El día que desaparezca como base de la sociedad la actual cuestión económica, los hombres serán más sanos, la adaptación orgánica y la psíquica se realizarán por completo y el hombre repro-

ducirá la armonía de las leyes naturales, dejando de ser una triste excepción.

La inteligencia acabará por adaptarse a la Naturaleza, adhiriéndose y hasta confundándose con ella, como la atmósfera que rodea el planeta Tierra la circunda y la penetra.

La especie humana será más uniformemente bella en su forma: pero infinitamente más variada en sus aptitudes y cada vez más Una, hasta que en la Tierra no haya más que un ser que sienta y quiera, al través del tiempo y del espacio, percibiendo todas las vibraciones, para traducirlas en ideas, suprema ley de nuestros nervios.

Cuando el mar está tranquilo, se ve cerca de la orilla la arena ondulada, ondulación que es la misma que riza la superficie del agua que a su vez reproduce la ondulación del aire al chocar y deslizarse sobre su superficie. Las ondulaciones del aire no las podemos precisar, porque al tacto no es perceptible para ello; pero al imprimirse sobre el agua o en la arena, la vista nos la revela enseñada. Aquí la vista es una amplificación y complemento del tacto, así como el microscopio amplifica el poder visual. De la misma manera, toda organización, cristal, planta o animal refleja, como la arena del mar, la impresión que el ritmo indefinido de la Mecánica Universal imprime a toda la sustancia organizable. Los hombres no pueden percibir el ritmo de esa Mecánica, como no perciben el ritmo de las ondulaciones del aire al chocar con la superficie del agua. Pero como la observación nos revela una y mil veces esa concomitancia de las ondulaciones en la arena, en el agua y en el aire, no podemos dudar de su mutua relación; como no podemos dudar de la relación del Medio Cósmico, donde vibran todos los ritmos en su relación con la sustancia organizada, porque la concomitancia es la misma, demostrada miles de veces.

Nuestros sentidos, desgraciadamente, no pueden registrar todos los movimientos. Así la vista puede percibir los colores cuyas vibraciones están en condiciones de poder ser percibidas, como las que van del rojo al violeta, formando parte de una gran escala de fuerzas, de vibraciones o de ritmos, que van aumentando desde el rojo que representa las ondas graves, hasta el violeta que representa el máximo de vibración perceptibles a la vista de los seres actuales. Más allá del rojo y del violeta siguen otros ritmos, que son también energías, y tal vez serían otros tantos colores, si nuestra vista los pudiese percibir. Los rayos catódicos representan un ritmo de tal rapidez, que atraviesa la mayor parte de los cuerpos sin reflejarse. Los colores son perceptibles porque son luz reflejada.

Existe, pues, una infinidad de ritmos que el hombre no puede percibir directamente, aunque esté sometido a ellos. El hombre.

como aparato receptor de las energías naturales, tiene un campo de acción muy limitado, y por eso ha sido preciso el progreso de las ciencias físico-químicas para que el hombre aumentara o ampliase sus sentidos, como lo ha logrado, en lo que a la vista se refiere, con el empleo del microscopio, telescopio y con el análisis espectral, que le permite extender el conocimiento de las cosas desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande.

La pila termo-eléctrica hace apreciar al hombre cambios de temperaturas que parecen inverosímiles. Añadase el poder investigador de la química, que es capaz de percibir y descubrir sustancias hasta en cantidades infinitesimales. Así se han podido ir recogiendo todas esas energías para disciplinarlas y explotarlas, y que, por estar fuera de su radio de acción, parecían ajenas a una inteligencia humana.

Los instrumentos de física y química, ensanchando el campo de observación, han engrandecido la inteligencia, y si mientras el hombre desconocía esos recursos se podía considerar su inteligencia tristemente limitada, hoy, que sus nuevos medios de investigación no tienen límites precisos, sino que van aumentando de día en día podemos afirmar que la inteligencia, las células psíquicas, como las llama Ramón y Cajal, irán cada día y al mismo tenor que los progresos, aumentando y registrando con más exactitud la relación con lo Externo y su concordancia con lo Interno perdurará por tiempo indefinido y cada vez con más exactitud.

Con todos estos recursos, la conciencia humana irá percibiendo y reflejando todos los ritmos de la Mecánica Universal, reproduciendo la Naturaleza su organización, como las arenas reproducen las ondulaciones del aire al deslizarse sobre el agua, como el cielo sereno o tormentoso se refleja en la superficie de los mares.

MEDIO SOCIAL

El hombre y la sociedad son excepciones a esas leyes armónicas, por haberlas desconocido. El hombre y la sociedad, productos de fuerzas armónicas, que por razón de su misma organización debieron crear un organismo social bien equilibrado, están en completa disonancia. La organización social, como la vista y el oído, es una función de la Naturaleza y debía reinar en ella la felicidad.

La Humanidad, resumen y compendio de todas las energías, debió seguir en su desarrollo una progresión creciente, como todo cuanto existe en la Naturaleza. Basándonos en esto, decimos en otro lugar de este libro, que ese flujo y reflujo en el progreso de la Humanidad, no tenía razón de ser, sino que eran debidos a defectos de organización. Le pasa a la Humanidad lo que a cualquier máquina mal montada. Estas alternativas de las civilizaciones, creyéndolas determinadas por una evolución cíclica, es un error de interpretación a

que presten su apoyo hombre de tanto valer como J. W. Draper (Historia del desarrollo intelectual de Europa) que trata de hacer una fisiología de la Historia, dividiéndola en cinco partes: «1ra. Epoca de la credulidad; 2o. Epoca de examen; 3o. Epoca de la fe; 4o. Epoca de la razón; 5o. Epoca de la decrepitud». Esos períodos son por los que pasa el hombre individualmente y como la Humanidad presenta alternativas que pueden compararse a esos períodos, se ha establecido esta analogía. Pero fijándonos bien, considerando la organización en conjunto y, por tanto, la Humanidad, veremos en la reproducción o la herencia que los hijos son, respecto a los padres una forma del ritmo de la fuerza. La Humanidad, considerada como una fuerza, tiene su ritmo y puede compararse a las ondulaciones o vibraciones del sonido, color, luz, etc. Los hombres o las generaciones representan unidades de esa gran fuerza. Luego no pueden las civilizaciones decaer, como se quiere suponer, creyendo una ley ineludible lo que es consecuencia de una mala organización, porque esto está en contraposición con todas sus leyes. Si hay períodos en la Historia en que el hombre decae, es debido a que, una organización que se desarrolla bajo una base falsa, es una evolución aberrante, destinada a morir. En el mañana, ese progreso será como todos, indefinido. La Humanidad no es solo fuerza rítmica, sino que está sujeta a las grandes leyes de la energía, la continuidad y persistencia.

El dinero, de que tantos maldicen, aun aquellos que lo tienen y tocan sus inconvenientes, porque ven todos los días las zozobras que despierta, lo inconsistente e inestable que resulta, como base de una familia y de la sociedad, las inmoralidades a que se presta, las vejaciones a que se ven sometidas personas dignísimas que recurren al suicidio como último recurso; el dinero y la propiedad son los que alteran el curso de la Historia, retrasándolo; son los mismos que alteran la salud del hombre, las civilizaciones decaen y enferman, por la misma razón que el hombre degenera, por no encontrar un medio apropiado a su desarrollo.

El desarrollo progresivo y armónico del superorganismo humano requiere la concordancia con las leyes naturales.

No me propongo enumerar uno solo siquiera de los infinitos males y dolores de este medio social; eso está en el ambiente, todo lo pregonan; la literatura de todo género, la novela, teatro, prensa y mejor que nada la misma medicina; todo eso constituye un arsenal inagotable de dolores y crímenes. Mi propósito era tan sólo tratar de hacer comprender que las leyes armónicas de la Evolución no pueden cumplirse porque el medio social actual es incompatible.

Las ciudades, tales como están hoy construidas, responden a las exigencias del régimen capitalista, y, por tanto, son incompatibles con la sociedad del porvenir. De las ciudades actuales, lo menos que de ellas puede decirse, es que son feas, sucias y malolientes. En cuan-

to a sus condiciones higiénicas, son un verdadero desastre, son pudrideros de carne humana; dígalo si no la enorme mortalidad que cuentan en su activo enfermedades infecciosas tales como la tuberculosis y el tífus.

Para que pueda ser un hecho lo que hemos dicho en otro lugar (la salud y las leyes generales de la mecánica) es indispensable que las sociedades futuras construyan de nuevo sus ciudades, ateniéndose a los preceptos higiénicos, para que el hombre viva en completo estado de salud, y se vea libre para siempre de la serie de enfermedades que le atormentan; algunas han desaparecido ya, como la peste negra, la lepra, viruela, cólera, etc. y otras van menguando a medida que la civilización avanza.

Las casas o habitaciones adolecen del mismo defecto y éstos son difíciles de desarraigar, porque obedecen a los egoísmos naturales de la propiedad. El que tiene una casa, o la construye, por regla general, lo que quiere es la renta. Que la casa no tiene condiciones higiénicas: bueno y a mí ¿qué me cuenta usted?—dirá el propietario— me produce la renta que es de lo que se trata. Que hay poblaciones en que la mortalidad es abrumadora y criminal: ¡qué vamos a hacer! —dicen las autoridades, cruzándose de brazos.

Hay ciudades, barrios, casas que son focos de infección, y que suponen la muerte de miles de criaturas humanas. Para estos casos hay autoridades en la materia, que han hecho leyes y reglamentos de sanidad e higiene; pero estas leyes no se pueden cumplir, porque obligarían a una serie de gastos que son lesivos para el capital; de ahí un conflicto en que la autoridad cumple su misión poniéndose del lado del más fuerte.

Las fábricas y talleres se resiente del mismo vicio de origen, y no he de entretenerme en analizar, lo que resultaría ocioso.

Baste decir, que las ciudades y todas sus construcciones, son la resultante de un estado de cosas y de una organización social absurda; que las revoluciones no deben contar con ningunos de estos recursos de la sociedad actual, porque son impropios para una sociedad basada en las leyes naturales. En una palabra, todo el medio social actual es incompatible con la sociedad del porvenir. Una función social nueva requiere órganos nuevos.

H O M B R E

Sabiendo cómo los colores son distintos modos de vibración, se comprende lo que quiere significar D. Santiago Ramón y Cajal al decir que los sentidos, particularmente el oído y la vista, son colectores específicos de movimientos ondulatorios o, como los llama Max Nordau, aparatos numeradores.

Aquí se puede ver, con todas sus consecuencias, la relación de lo Externo con lo Interno, y como el hombre es un producto de la Mecánica Universal. Supongamos el caso de un pintor; para que éste pueda reproducir el color con exactitud, es indispensable que sus ojos sean buenos colectores específicos de esos distintos ritmos, que constituyen toda la escala variadísima de los colores, sin cuyo requisito, no los podrá representar tales como son. Los pintores serán tanto más exactos en su colorido cuanto mayor sea su adaptación a la luz, es decir, lo Externo, a los centros visuales del Artista, lo Interno. El ser un buen colorista depende de esa aptitud de los ojos, de ser buenos colectores específicos de movimientos.

El hombre, para estar sano, debe vivir en armonía con las leyes naturales; de lo contrario, degenera como individuo y como especie.

Establecida hoy, en la ciencia biológica, la especificidad celular, la descendencia de cualquier célula, ya sea epitelial, muscular o conjuntiva, debe reproducir siempre el mismo tipo celular o, en su defecto, una de las formas ancestrales o que corresponda a una de las formas de su período embrionario.

Según esto, cuando en un individuo se desarrolla un tumor, un epiteloma por ejemplo, los elementos celulares de que se compone dicho tumor reproducirán una de las formas atávicas o embrionarias que han precedido al desarrollo y formación de tejido epitelial. Así considerado, un tumor es la degeneración de un elemento propio del tejido, pero en un estado de regresión y proliferación monstruosa.

Valiéndonos del símil de Pascal, que compara la Humanidad, considerada como una gran unidad, a un hombre, que siempre está aprendiendo, resaltará aún más la exactitud del símil, comparando a los hombres individualmente en la estructura social, a lo que son las células en la estructura del tejido animal y se deduce que las unidades hombre, en todo el presente período histórico, constituyen una degeneración social; los hombres son aún formas morbosas y en distintos períodos de regresión atávica, pero en ninguna manera el tipo normal hombre.

Ni el hombre, como individuo, ni el hombre en la gigantesca concepción de Pascal, se liberrarán de su degeneración mientras vivan en contraposición con la armonía de las leyes universales.

Siempre consideré como cosa incomprensible la existencia de una Humanidad eternamente desgraciada; desde niño, mi conciencia rechazó esa monstruosa injusticia.

La solución del problema social está contenida en la ley de Evolución. La ley de Evolución se extiende desde el mundo sideral hasta el hombre. Las teorías de Kant y Baplace dan idea de una cosmogonía que parte de la nebulosa primitiva; Lyell justificó la doctrina de la evolución periódica de la Tierra, destruyendo la teoría

de los cataclismos de Cuvier, Lamark y Darwin probaron la evolución del mundo vegetal y animal, y Herbert Spencer, resumiendo estas evoluciones, fundó el sistema de la filosofía positiva, sólo que, al llegar a la evolución social, lejos de aplicar los mismos principios, se desvió del sistema evolutivo, no vio en la actual Humanidad una evolución aberrante debida al Capitalismo.

La Sociología necesita de la ley de Evolución para integrarse en la gran filosofía moderna, siendo hasta ahora un miembro dislocado por falta de soluciones legitimadas.

Los hombres nunca serán iguales, porque representan distintos momentos del desarrollo de una fuerza, en distintos instantes de tiempo y en distintos lugares de espacio; no hay posibilidad de que sean idénticos el hombre del Mediodía o el del Septentrión, el que nace a orillas del mar no será lo mismo que el que nazca en la cumbre de una montaña, porque, entre otras cosas, eso supone distintos modos de vivir, de alimentarse, de panorama.

Recordando lo dicho en la adaptación psíquica, dígase cómo sería posible que en la infinita variedad que representa la Naturaleza, se conciba homogeneidad en los hombres. La Naturaleza, cada vez más conocida y presentándose bajo nuevos y más variados aspectos, necesita poner a contribución el cerebro de todos los hombres, como si fuera uno solo, para ir depositando en cada parte distinta de] pensamiento una nota de sus infinitas armonías; notas que serán distintas en los varios momentos y espacios; que la nota del día no será como la de la noche, 3a de la mañana como la de la tarde, la de hoy como la de ayer, la de mañana como la de hoy.

La estructura cerebral cede y se combina, a la inducción de la Naturaleza, como el agua a la forma del vaso que la contiene.

Que los hombres **se diferencian cada vez más**, no **quiere decir** que sean menos solidarios, sino, al contrario, cada **vez se sentirán más unidos**; porque la misma solidaridad **que** existe en las leyes naturales existirá en su propia conciencia, que es hechura de aquellas. **El** día que desaparezca como base de la sociedad **actual** la cuestión económica, entonces los hombres serán sanos, la adaptación orgánica y la psíquica se realizarán por completo y el hombre reproducirá la armonía de las leyes naturales dejando de ser una triste excepción. La Naturaleza, repito, será el patrimonio, la propiedad y la felicidad del género humano.

HACIA EL PORVENIR

I

Desde que la sociedad existe, se ha entablado una lucha entre los hombres, representada por dos tendencias, dos estados de conciencia y modos de inteligencia, bajo cuyos influjos las sociedades se modifican. El mejoramiento de la humanidad obedece a la resultante de dos fuerzas: progreso y reacción. Entre ambos términos se encuentran todos los matices o medias tintas; pero siempre pudiendo reducirse a uno de esos dos términos. Al hombre observador, le es fácil ver como de esas dos fuerzas hay una que va predominando cada vez más, impulsada por un movimiento uniformemente acelerado, y así se comprende que se haya progresado más en los cincuenta años últimos, que en los dos siglos anteriores.

Tratemos de analizar esta lucha de un modo íntimo, indagando las causas, aunque examinando el problema en su aspecto más general.

Todas las luchas y los crímenes que se han cometido y se cometen todos los días para salvar o destruir el orden de cosas establecido a la llamada *razón de Estado* tienen su explicación, aunque no su excusa.

Eso que se llama la razón de Estado es uno de tantos molde) creados y mantenidos, gracias al modo de funcionar de muchos cerebros, cuya fisiología es una forma de mentalidad primitiva.

Compárese el cerebro con la cámara obscura de un aparato de fotografía; la placa reproducirá el panorama comprendido en su campo visual y presentará sólo un momento en el tiempo y en el espacio. El cinematógrafo es ya un progreso, pues representa una serie de instantes ordenados.

El cerebro de los animales, de los salvajes y de los niños se puede comparar al cinematógrafo, que representa sólo una limitada porción del panorama; estos cerebros reproducen las imágenes más o menos exactamente en su mismo grado de sucesión y correspondencia.

La abstracción es un poder de la inteligencia que ha aparecido más tarde en la conciencia cuando ya el hombre había adelantado en su civilización. La mentalidad superior es la que ha servido para crear la filosofía. Esta forma se distingue de la anterior en que el hombre, por medio de la imaginación y valiéndose del mismo cliché cerebral, lo desenvuelve en el tiempo y en el espacio, induciendo sus múltiples relaciones y correspondencias; es decir, que con el presente comprende el pasado y adivina el porvenir.

«La abstracción, dice Ribot, alcanza de repente a las concepciones más elevadas; de la simplificación inmediata y rápida de algunos hechos, la inteligencia se remonta hasta indagar la razón de ser de las cosas; salta las etapas intermedias ignorando su desarrollo lento y progresivo. Este procedimiento en que la abstracción y la generalización son formas especiales de la imaginación, ha encontrado por primera vez en Platón la expresión más completa en su Teoría de las ideas».

Con él la inteligencia humana pudo saborear por primera vez el placer inefable de manejar las abstracciones más elevadas y de creer firmemente que con el recurso de algunas entidades, podía sintetizar el Universo, construirlo y explicarlo.

La humanidad tiene, pues, dos clases de inteligencia con todas las variantes que quieran admitirse entre los dos términos opuestos: la primera, que puede llamarse concreta, para quien el mundo es una cosa bien conocida y definida, tal cual se revelan sus sentidos; para otros, para aquellos que han podido llegar a las abstracciones, el mundo es una progresión constante, en que se descubren sistemas de ideas y de cosas, con las cuales el hombre extiende la solidaridad de su conciencia con el pasado y con el porvenir.

La mentalidad concreta tiene su forma tipo en las religiones. Es decir, que el hombre se ha formado una idea del mundo, tal como lo vió e imaginó en un determinado momento histórico. Los creyentes consideran como definitiva una concepción del mundo que constituye el dogma para cada una de sus religiones, porque en sus cerebros la concepción mental de su mundo es inamovible, como placa de las fotografías. Eso que se llama razón de Estado, tiene una explicación análoga en esa misma representación mental, concreta e inamovible.

El progreso impulsa por igual las religiones y los Estados, sin que ni unas ni otros quieran darse cuenta de ello. . . ¿Hasta cuanto podrán disculparse la incultura, los egoísmos y la vanidad, con esa forma de mentalidad primitiva que a cada paso que da, cree que este es el definitivo y tiene nostalgia del pasado?

La mentalidad superior ha alcanzado en el período presente su forma más perfecta en la teoría de la Evolución.

El conflicto era y es aún inevitable, por desgracia, entre estos dos estados de conciencia. Las inteligencias que por medio de la abstracción han podido ordenar toda la serie de hechos e ideas, formando un sistema; las que han llegado a ver las grandes líneas de un mundo distinto; las que han descubierto en esa serie de fenómenos que se suceden y se modifican sin cesar una ley, un progreso, un más allá indefinidos, tenían que chocar con las inteligencias

para las cuales el mundo es tal cual lo vieron los hombres de remotos tiempos.

La lucha cruel e inicua que desde tiempo inmemorial mantiene la humanidad reconoce ese origen. Es el antagonismo de los que sólo ven el presente y de los que adivinan el porvenir; de los que encuentran bien el estado de cosas del momento y no ven el más allá, y de los que viendo un plus ultra, se proponen dirigir hacia él su rumbo. El mundo marcha y marchará; todas las fuerzas de la Naturaleza obedecen a esa ley de progreso como consecuencia fatal e inevitable. La forma de mentalidad superior ha aparecido en la conciencia humana desde hace ya largo tiempo y su poder es invencible.

||

La anatomía comparada demuestra, como el hombre tiene su origen en la animalidad que le precede. Creer que el hombre de hoy sea el término de la evolución, es un juicio gratuito y contrario a toda lógica: lo natural es creer que la forma humana está en progresión y que la plasticidad de la materia orgánica no se agota aún.

Esta es una condición que es indispensable tener presente para comprender el porvenir. Todo problema tiene una multitud de factores, cuyas relaciones y correlaciones de unos con otros le dan mutua dependencia y los hace incomprensibles, mientras no se modifiquen paralelamente todas sus relaciones concomitantes. Para interpretar bien la transformación de un problema, es menester elevar y transformar en conjunto cada uno de sus factores, con todas sus relaciones, sin que pierdan su solidaridad, lo cual no es cosa fácil y requiere meditación y tiempo. Por eso es tan común oír decir: «Pero eso es imposible; el hombre será siempre egoísta, perezoso, envidioso» etc. etc.

El defecto de no elevar en conjunto todos y cada uno de los términos del problema social, que son los más complejos, es tan común que se oyen preguntas como éstas: «¿Quién limpiará el calzado? ¿Quién limpiará las calles? ¿Quién barrerá las casas?»

Si la densidad del planeta que habitamos aumentara o disminuyera, la distancia que lo separa del sol disminuiría o aumentaría al mismo tiempo. Si la densidad de la atmósfera en que vivimos aumentara o disminuyera, el peso de todo cuanto está en la superficie de la tierra aumentaría o disminuiría simultáneamente. Es caso que se comprueba todos los días la transformación de los organismos sociales con el progreso de las ciencias y de la industria, con el uso del telégrafo y con la rapidez de los viajes. Los que han presenciado la substitución de la tracción de sangre por la eléctrica en los tran-

vías, pueden percatarse fácilmente de que no sólo ha cambiado el aspecto de las calles, sino que en los mismos hogares se ha notado la modificación en el modo de hablar y de pensar, como también en la educación y porvenir de los hijos. ¡Que cambio tan radical en el intelecto del hombre, entre ser mayoral de muías hambrientas y cansadas que se movían a fuerza de latigazos e interjecciones, o guiar un coche por medio de un motor eléctrico cuya fuerza hay que contener, sin que precise ni enarbolar el látigo ni prodigar improperios !

Ese hecho tan sencillo, que está a la vista de todos, puede dar idea de la serie de factores que se transforman concomitantes, al impulso de uno solo.

Para imaginar cómo serán las cosas en el porvenir, es menester acostumbrarse a pensar cambiando simultáneamente las relaciones y correlaciones que tiene cada hecho con los que con él se relacionan. Preguntar neciamente quién limpiará los zapatos, quién limpiará las calles, es demostrar mala fé, o tener una inteligencia infantil. Para preguntar quién limpiará las calles, es preciso seguir creyendo que con las grandes transformaciones que han operado ya la industria y la ciencia, y que cada día serán mayores, las calles del porvenir serán idénticas a las actuales en que se ven verdaderas aberraciones, tal la del paso de magníficos carruajes con bellísimas damas espléndidamente ataviadas, respirando una atmósfera pestilente cargada de toda clase de detritus y de gérmenes patógenos; en las que las personas que transitan por ellas, después de haber empleado buen tiempo en el aseo y pulcritud de su cuerpo, van inconscientemente recogiendo esos gérmenes, que para muchos serán la enfermedad y para otros la muerte. El hecho de que en calles sucias, pestilentes, con una atmósfera emponzoñada, transiten miles de seres humanos cuya salud o cuya vida están amenazadas, es de un efecto macabro que demuestra el estado de incultura en que se vive aún. En la sociedad del porvenir eso no podrá suceder, porque *en* una ciudad culta, ninguno de sus individuos soportará salir a pasee para que sus fauces aspiren toda clase de miasmas.

No hay que preguntar quién barrerá las calles. La transformación de éstas irá en grado paralelo a la cultura de cada uno y de todos los habitantes. Si hoy día la sociedad tolera el convivir en un medio sucio y lleno de infecciones, en un medio en que acechan de continuo la enfermedad o la muerte, es por la escasa cultura de todas las clases sociales, de los pobres y de los ricos, de las autoridades competentes como de los médicos, como de esa otra clase que podríamos llamar directora, porque la impericia de los primeros ampara la ignorancia de los segundos.

El porvenir no puede surgir por arte de encantamiento; el porvenir supone una constante ampliación y renovación de cuanto la

ciencia y la industria vayan descubriendo, para el mejoramiento de la raza humana.

Hemos dicho que las calles tal como hoy existen no podrán subsistir, porque la sociedad de mañana protestaría en masa; pero es que la modificación de las calles no es suficiente, sino que es indispensable construir de nueva planta las ciudades del porvenir. Es menester cambiar su emplazamiento, porque las actuales ciudades, en su mayoría, están construidas en un suelo en que centenares de generaciones han ido acumulando sus deyecciones.

Es menester abandonar las actuales ciudades, donde las construcciones no sólo son impropias, pues requieren el servicio doméstico, sino que existen barrios enteros que son pudrideros humanos. Los hombres de mañana no podrán consentir este estado de cosas, que es atentatorio a la vida y a la salud, y que hoy se soporta porque tiene como cómplices la impericia o el abandono, la complacencia de unos y el egoísmo de otros.

III

A los que suponen al hombre incorregible en sus vicios y malas pasiones, se les puede citar lo del gorila de Du Chaillu, que con tanta oportunidad e intención brinda a los que así piensan, Anatole France, en su preciosa obra *Sur la pierre blanche*. «En la selva, el señor Du Chaillu di muerte a la madre de un gorila, arrancando al pequeñuelo de entre los brazos de la madre, que, muerta, lo estrechaba aún contra su pecho. Lo metió en una jaula, y después de pasearlo por toda Africa, lo trajo a Europa para venderlo. La conducta del animalito no satisfacía a su propietario. Era insociable, se dejaba morir de hambre. Me es imposible, decía el señor Du Chaillu, corregir su mala inclinación». Anatole France completa su idea, diciendo que los que se quejan de la maldad de los hombres lo hacen con la misma razón que el señor Du Chaillu de su gorila.

Lo que la educación, la instrucción y el trato pueden mejorar las condiciones de carácter de un hombre o de una mujer, es cosa demostrada en infinidad de ocasiones. Hay otras condiciones que nacen del medio social actual, tan injustas y violentas, que crean de por sí una porción de conflictos inevitables y sólo imputables a las condiciones de la vida. Imagínase lo que pueden hacer la educación, la instrucción y el ejemplo en un medio social en que reine la justicia y el amor.

Si el hombre, resultado de la Evolución orgánica, depende de la mecánica general, la Humanidad, organismo super-orgánico, por idéntico motivo, está también regida por las leyes del Cosmos. Cada vez que la Humanidad se aparta de éstas, decae o enferma, para vol-

verse a remontar tan pronto se aproxime a sus condiciones normales. En el porvenir surgirá de esta Humanidad desdichada otra Humanidad feliz, que ajustándose a las leyes naturales, se desarrollará en una progresión indefinida, en que serán desconocidas las miserias y las enfermedades.

IV

La imaginación, en mi sentir, es una demostración más de que la inteligencia es el reflejo de la Mecánica Universal. La imaginación sana (no aquella a que se refiere Cervantes cuando la llama la loca de la casa) es debida a un automatismo psíquico que tiende a reproducir la serie de fenómenos en el mismo orden y con las mismas correlaciones con que han sido registradas en el cerebro (como decimos en otra obra).⁽¹⁾

La forma de la neurona es una consecuencia mecánica que tiene por objeto realizar ese paralelismo del que depende la inteligencia; el cerebro es un órgano de asociación, pero a condición de que el cerebro esté sano, para que la serie de fenómenos externos se repitan en el cerebro, tal como se suceden en la Naturaleza. La cualidad de inducir y deducir, que distingue a la inteligencia humana, consiste precisamente en que los cerebros en que la serie de relaciones internas está bien enlazada, la serie está virtualmente preparada y a veces basta un solo hecho para hacer surgir la serie a que el hecho corresponde. La imaginación es el poder de inducir y deducir, es un automatismo cerebral que tienen algunos individuos de gran energía mental y que, siendo el cerebro sano, tiende a la reproducción de lo Externo, por eso en el estudio y observación de la Naturaleza, las inteligencias armónicas tienen que coincidir y concordar, y por eso se ven hoy confirmadas algunas de las concepciones de los filósofos de la antigüedad.

La imaginación de un cerebro como el de Pitágoras, representando la armonía numérica de las cosas, es una buena demostración de esa tendencia automática a la reproducción de lo Externo. La imaginación vendría a ser como la irisación cerebral, y como en óptica recuerda la ley de que el ángulo de incidencia es igual al de reflexión. La imaginación en los cerebros sanos, es a modo de un reflejo en que el hombre adivina de una manera prodigiosa, como Pitágoras en la relación numérica de las cosas presintió las tablas de Mendelef o de Crookes, y en música lo que la acústica moderna ha demostrado, y en su concepción de las armonías celestes estaban en germen las leyes de la gravitación. Filósofos como De-

(1) «Evolución superorgánica»: La Naturaleza y el Problema social pág. 102.—
Primera Edición.

mócrito, Empedocles y Epicuro ⁽²⁾ tuvieron la visión de los grandes problemas de la filosofía positiva, tales como la indestructibilidad de la materia, la teoría atómica, la supervivencia del más apto. etc. etc. Con razón se dice que nada hay nuevo bajo el sol, pues el hombre con su imaginación se ha adelantado en muchos casos a la confirmación experimental. Para contar cosas nuevas, será preciso esperar a que vengan habitantes de otros planetas cuya estructura cerebral sea distinta. Lo que hace el hombre con los hechos naturales es combinarlos, sistematizarlos de manera distinta, como se hace con las letras del alfabeto, que siempre son las mismas aunque expresen ideas diferentes.

V

¿Por qué se pierde toda esa filosofía sana, basada en el conocimiento de la Naturaleza? Precisamente por haberse desviado de ella y, en vez de examinar y valerse de los sentidos, ir a atenerse o inspirarse en los libros sagrados de las religiones reveladas, en donde se pretendía encerrar todos los secretos de la Naturaleza y el destino de los hombres; entonces éstos empiezan a sugestionarse unos a otros sus errores y a exaltarse en un misticismo morboso; perdida su correlación con lo Externo, el desequilibrio cerebral es cada vez mayor, los cuerpos enferman, el mens sana in corpore sano se pierde por completo y a la sana filosofía substituye el dogmatismo intransigente y la escolástica empalagosa; las artes y las industrias decaen; el hambre, la miseria y la peste son el fruto natural de esa época. La imaginación en esos casos es la verdadera loca de la casa.

Véase así como el hombre no puede separarse de la Naturaleza, a cuyas leyes harmónicas debe su organización, y, por la misma causa, el organismo super-orgánico debe seguir en perfecta correlación con ella. Demostración de esto es que el progreso en el conocimiento de la Naturaleza, iniciado por los filósofos antiguos, vuelve a renacer con Copérnico, Bruno, Kepler, Galileo, Newton, sin que haya podido detenerlo la intransigencia de la religión queriendo sofocar a sangre y fuego esa expansión de la conciencia humana. Vano empeño, si se tiene en cuenta que la inteligencia es el resultado de la inducción de las fuerzas naturales, y éstas son incontrastables a todas las injurias, atropellos y martirios con que la inicua y brutal Inquisición quiso ahogar en la conciencia de los hombres la fuerza infinita.

El gran atraso en que está hoy la Humanidad es debido a la intransigencia religiosa. Las falsas creencias nacidas de la loca de la casa son las que han desorientado a los hombres. La inteligencia

(2) A. Longe «Historia del Materialismo».—J. W. Draper «Historia del desarrollo intelectual en Europa».

sana y vigorosa los vuelve a su camino. ¡Que perfeccionamiento tan grande hubiera alcanzado ya la Humanidad, de haber seguido el desarrollo iniciado con las ideas de los filósofos griegos!

V I

La verdadera prosperidad y riqueza de los pueblos puede deducirse a priori de una manera axiomática. Siendo la inteligencia el resultado de la acción directa de lo Externo sobre la estructura cerebral, resultará que aquellos pueblos que hayan cultivado más su inteligencia, es decir, procurado su mayor paralelismo con la Naturaleza, serán los que dispongan de mayores recursos en las ciencias, en las artes y en todas sus aplicaciones. Los pueblos que tengan más y mejores maestros, escuelas y Universidades, serán los más fuertes, comprendiendo en la denominación de fuertes la energía psíquica y la física por igual. Una familia, una nación, la Humanidad entera, tendrán tanto mayor valor cuanto mejor sea la condición intelectual de cada uno de sus individuos. La suma de todo el poder intelectual de una colectividad representa su mayor o menor paralelismo con lo Externo.

La fuerza de tensión que representa la inteligencia y que le presta la Naturaleza aumenta con el número y calidad de cada uno de sus individuos, como la tensión eléctrica aumenta con el número de elementos. La Naturaleza y la Inteligencia son dos sistemas de fuerzas que tienden a confundirse, a unificarse. El progreso de la Evolución super-orgánica está en razón directa de su intelectualidad.

La demostración práctica, experimental, está a la vista de todos. Los pueblos más fuertes son los que tienen mayor presupuesto de Instrucción Pública. Si alguna duda podía haber, la pasada contienda entre Japón y Rusia es una demostración más de que el mayor paralelismo entre lo Externo y lo interno, es lo que constituye la verdadera fuerza.

De aquí se deduce un corolario que no deja de tener su interés: los pueblos atrasados en su civilización son débiles y demuestran la incapacidad mental de sus contemporáneos y de los hombres encargados de dirigirlos.

Cuando se ven gobiernos que regatean a sus naciones los medios de enseñanza, no es sólo un error lo que hay que lamentar, es también un desconocimiento completo de cosas que no debe ignorar ningún hombre que dignamente aspire a dirigir los destinos de un país. Esta ignorancia es tanto más sensible, cuanto que la condición indispensable para que una idea se realice es que la representación mental de la misma exista, para que pueda convertirse en

acción. Y se le ocurrirá preguntar a cualquiera: Si la representación de la idea de lo que es la instrucción falta en la mente de los hombres encargados de elaborar la prosperidad de un país, ¿cómo podrá realizarse ésta?

VII

El desarrollo intelectual de la Humanidad demuestra que siempre que las circunstancias han sido favorables al hombre, la inducción de la Naturaleza se ha impuesto en la conciencia humana y la inteligencia se ha orientado en el buen sentido; prueba de ello son las filosofías en la India, Egipto, Grecia y Roma. La Humanidad ha producido muy escaso fruto intelectual, no llegando a dar aún todo el rendimiento que hace esperar y que debiera ser, dada su estructura y excepcionales cualidades cerebrales. La organización social es tan absurda, que la Inteligencia es un torrente de energías que pasa casi sin aprovecharse.

Solamente allá en el porvenir, cuando toda la organización social esté bien establecida, podrá aprovecharse tan excelsa y excepcional condición. El resultado será tan sorprendente, el progreso tan rápido, su nivel intelectual y moral se elevará tan súbitamente como el de un globo bien henchido de gas al que de pronto le suelten las amarras.

El porvenir intelectual del hombre será tan colosal, tan desproporcionado con cuanto existe hoy, que el hombre de mañana leerá con espanto todo este período miserable, de la Historia en que no hay crimen por horrendo que sea, que no haya encontrado su sanción. El hombre del porvenir tendrá una ética tan distinta, que esa recopilación de biografías, más o menos auténtica, que se llama Historia, en la que colabora a porfía la fantasía, el interés o el miedo, el servilismo o la hipocresía, los intereses religiosos o políticos y todas las pasiones humanas, servirá tan solo para maldecir a los jueces y los verdugos de ayer y de hoy, cuyas pobres y míseras conciencias les prestan la ilusión de una moral dúctil y adaptable a todos los egoísmos y torpezas. La única historia que subsistirá será la de los hombres cuya abnegación e inteligencia han servido para encauzar el curso de la Humanidad hacia su verdadero fin, que es el bien.

Aquí viene como anillo al dedo la siguiente anécdota a que en su magnífica sátira *Crainquebille* se refiere Anatole France, cuya inteligencia, sutil como el aire, precisa y diáfana como la luz del sol, sabe hacer resaltar extraordinariamente su significado: «Un día en que Walter Raleigh, preso en la Torre de Londres, escribía la segunda parte de su *Historia del Mundo*, debajo de la ventana en

que solía trabajar, oyó una reyerta de unos hombres en la calle. Desde su ventana fué testigo de aquel suceso y al volver a reanudar su trabajo, estaba persuadido de haberse enterado bien de lo que allí había ocurrido. Al día siguiente habló con un amigo, el cual había tomado parte en la querrela y con gran sorpresa suya, en la interpretación del hecho estuvieron en completo desacuerdo. Reflexionando entonces en la dificultad de conocer la verdad de los hechos ya pasados, cuando él, testigo presencial de una escena se había equivocado, cogió el manuscrito de su historia y lo arrojó al fuego».

Adviértase que Walter Raleigh era, no sólo un testigo, sino también juez imparcial, y, a pesar de eso, no pudo formar juicio exacto de lo sucedido. La historia, no sólo no está relatada a veces por quien no ha presenciado los hechos, sino que los hechos mismos, vistos o no vistos, están interpretados bajo la presión de toda clase de intereses y pasiones. Lo que pasa hoy mismo, a pesar de los medios de información y de la libertad con que se escribe, nos da idea de que la historia será de cualquier modo, menos como está escrita. A pesar de esto, la historia es y seguirá siendo para muchos la gran maestra. Ya hemos dicho que la rutina obedece a razones orgánicas de la estructura cerebral, y para muchos individuos, esa organización es definitiva desgraciadamente, lo cual hace que la Humanidad se asemeje a un rebaño y que subsistan muchas cosas que no debieran subsistir, si no fuera porque una educación e instrucción mal comprendidas, y cierta debilidad mental, congénita a algunas civilizaciones enfermizas, no le dan fuerza suficiente para reaccionar contra falsas sugerencias, ni darse cabal cuenta de los sucesos.

La Historia es un reguero de sangre. Para unos, sangre que re» dime; para otros, sangre que mancha; para los primeros, la inmortalidad; para los segundos, execración y olvido.

Los que dicen o afectan creer que la Historia es la gran maestra de los hombres, —incurren en un error en el presente, y parí esos, al ser juzgados, les será una vergüenza el mañana. Esto es un fenómeno natural, y se explica porque sus cerebros no les reproducen el mundo exterior más que en un momento determinado y aislado, que no es el término ni lo definitivo de la evolución social, —sino un instante en el curso de su historia.— El más allá, para esos cerebros, no existe ni puede existir, porque su inducción cerebral es insuficiente. Galileo, estando en la catedral de Pisa, vió lo que vieron antes que él millares de hombres que no tuvieron el poder mental necesario para inducir la ley del isocronismo del péndulo. Los hombres que no sepan ver o adivinar el porvenir de la Humanidad, los que buscan en el pasado su inspiración para el presente, los que creen que la Historia es la gran maestra y que sus enseñanzas son definitivas, están, por lo menos, como los contempo-

ráneos de Galileo, que no supieron inducir, porque sus cerebros no enlazaban como era debido, las relaciones entre lo Externo y lo Interno; carecen de la cualidad que debe distinguir a la inteligencia humana, la suprema cualidad de la abstracción, el poder elevarse de lo concreto a lo abstracto.

La concepción del porvenir es un efecto de la actividad cerebral. Hasta ahora las enseñanzas tienen como principal objeto el pasado. Ha sido preciso la teoría de la Evolución para empezar a comprender el porvenir, a tener un presentimiento de como será la sociedad de mañana. La educación que se ha dado al hombre se puede comparar a lo que ocurriría a un caminante que, obligado a emprender un largo viaje, tuviera que hacerlo con la vista fija en el trayecto recorrido. Ha llegado el momento de cambiar, de dirigir la mirada hacia adelante, de indagar el camino y emprenderlo resueltamente. ¡Qué sorpresa la del viajero cuando empiece a entrever, a través de la niebla que se disipa, que el camino que le queda por andar es incomparablemente más hermoso que el que ha recorrido penosamente! Entonces comprenderá que el pasado no significa nada, desviará de él su vista con horror; creará despertar de un sueño en el que ha sido víctima de una pesadilla. Cada vez que recuerde las hecatombes humanas, porque para elaborar ese mañana de justicia, de paz y de amor que ha tenido que pasar la Humanidad, maldecirá a los que, creyéndose jueces, eran verdugos y bendecirá a las víctimas, cuya sangre ha fecundado el porvenir.

El espíritu independiente y creador de E. Zola, ansioso de gozar del bien, que para todos ha de traer el progreso, y de sentir con gran voluntad e inteligencia, en pugna con la inmensa mayoría de los hombres de su época; en el ardor de la lucha, en un arranque de indignación, los increpa duramente en los inspirados y hermosos párrafos que siguen: «Odio a los seres inútiles e impotentes, me molestan —dice Zola.— Han abrasado mi sangre, destrozado mis nervios. No conozco nada que irrite como esas bestias que se bamborean como las ocas, con los ojos redondos y la boca abierta. No he podido dar dos pasos en la vida sin encontrarme dos majaderos, y eso me desconsuela».

«Invadiendo el sendero de la vida, las muchedumbres se componen de tontos que os detienen para escupiros al rostro su insulsa medianía. Se mueven y hablan y su personalidad, sus acciones y el sonido de su voz me lastiman hasta tal punto, que prefiero, como Stendhal, un malvado a un imbécil. Mi pregunta es: ¿Qué podemos hacer de estos seres? Los llevamos a cuestras en esta época de luchas y marchas forzadas. Saliendo del mundo viejo nos apresuramos hacia un mundo nuevo. Se cuelgan de nuestros brazos, cerrándonos el paso, con risas necias, de sentencias absurdas. No sirve sacudirse, nos aprietan, nos ahogan, se pegan a nosotros. ¡Como! Estamos en

la época en que el ferrocarril y el telégrafo eléctrico nos arrebatan en cuerpo y en espíritu hasta lo infinito, lo absoluto, en esa época importante e inquieta en que germina en la mente humana una nueva verdad, y, no obstante, existen seres inútiles e imbéciles que se estacan en su banalidad, como en los estrechos límites de una charca nauseabunda».

«Odio a los tontos que se jactan de desdeñoso, a los importunos que exclaman que nuestro arte y nuestra literatura se mueren por momentos. Los cerebros más faltos de mollera, los corazones más secos, los seres enterrados en lo que fué, que hojean con desprecio las obras febriles y llenas de vida de nuestra época, son aquellos que las declaran nulas y limitadas. Veo de un modo diferente. Hago mofa de los grandes siglos. No me afano más que por la vida, por la lucha, por su fiebre. Me encuentro a mis anchas entre nuestra generación. Paréceme que el artista no puede desear ni otro ambiente ni otra época. No hay ya maestros ni escuelas. Estamos en plena anarquía y cada uno de nosotros es un rebelde que piensa por sí, que crea y combate para si mismo. El momento es apremiante, lleno de ansias; se espera a aquellos cuyos golpes serán más fuertes y más seguros, cuyos puños serán bastante poderosos para cerrar la boca de los demás, y en lo más recóndito de cada luchador yace la esperanza de ser ese dictador, ese tirano del día de mañana. Además, ¡que horizonte más amplio! ¡Como vibran en nosotros las verdades del porvenir! Si nuestro labio tartamudea, es porque le sobra que decir. Nos hallamos en el umbral de un siglo de ciencia y realidad, y vacilamos en algunos momentos como si estuviéramos ebrios ante el resplandor que surge a nuestra vista. Más, no obstante, luchamos, preparamos la labor de nuestros hijos, hemos llegado a la hora en que todo se derriba, en que el polvo calizo invade el aire y los escombros se derrumban con estrépito. Mañana hallaremos reconstituido el edificio. Habremos tenido el goce doloroso, la angustia a una vez amarga y dulce del alumbramiento; habremos disfrutado las obras apasionadas, la voz libre de la verdad, todos los vicios y virtudes de un siglo en sus albores. Los ciegos pueden negar nuestro esfuerzo, suponer en nuestras luchas convulsiones agónicas, cuando esa lucha es en realidad el balbuceo de un recién nacido. Están ciegos. Los aborrezco».

«Odio al dómine pedante y a los seres fastidiosos que niegan la existencia de la vida. Me declaro por la libre manifestación del ingenio humano. Creo en una serie continua de manifestaciones de la Humanidad, en una exposición sin fin de cuadros vivientes, y lamento no poder vivir eternamente para poder asistir a la eterna comedia que se representa en mil diferentes jornadas. No soy más que un curioso. Los imbéciles que no osan mirar hacia adelante vuelven la vista atrás. Modelan el presente con las reglas del pasado y quieren que el porvenir, en obras y en hombres, se calque sobre

los tiempos que fueron. Nacerán nuevos días y cada uno de ellos traerá consigo una idea nueva, un arte nuevo, una nueva literatura. Las sociedades se transformarán eternamente, produciendo cada una de ellas infinitas obras distintas. Pero los impotentes no quieren agrandar su círculo de acción; han catalogado las obras ya creadas, y han conseguido así una verdad relativa que erigen en verdad absoluta. No creéis, imitad. Y he aquí porqué aborrezco los seres estúpidamente graves y los seres estúpidamente alegres, los artistas y los críticos que pretenden neciamente convertir lo que fué verdad ayer en la verdad de hoy día. No quieren comprender que adelantamos, y que, al adelantar, cambia el panorama. Los aborrezco».

V I I I

Los cerebros humanos no pueden subtraerse a los efectos de las energías cósmicas, que han elaborado su arquitectura y le prestan luz y vida. Latente en ellos el impulso de una organización cuyas fuerzas los eleva desde las formas más rudimentarias de la animalidad hasta hacerles percibir las relaciones de las cosas, ceden a secretas incitaciones orgánicas que les obligan a seguir en pos de un ideal; prosiguen el movimiento adquirido y la imaginación, extendiendo sus sutiles e intangibles alas, se lanza en busca de nuevos horizontes.

¡Qué naturales nos parecen las condiciones de comodidad y rapidez con que hoy se viaja! Qué honda impresión cuando consideramos su significado y trascendencia!

Si pensamos en los modos de viajar de hace cincuenta, ciento o mil años, ¡qué adelanto! pero, sabiendo que a esta progresión no se le pueden fijar límites en el porvenir, ¡cuán exiguo e imperfecto aparece todo! ¿Cuál será el límite de las velocidades? ¿Cuánto tiempo se tardará en dar la vuelta a la tierra? ¿Cómo se viajará en el porvenir?

Cuando nos trasladamos de un lugar a otro y estamos a centenares de kilómetros de seres queridos, pudiendo, no obstante, hoy día comunicarnos con ellos y confundir nuestras emociones e inquietudes, ¡qué consuelo nos prestan los hilos metálicos o el éter, cuyas vibraciones transmiten las que laten en nuestro pensamiento!

En los remotos tiempos en que la mísera condición humana no había logrado aún encadenar ninguna de las fuerzas naturales, ¡qué tristeza en los que se veían obligados a estar lejos de los suyos sin tener noticia alguna! Los días parecían siglos, la vida angustiosa y la Naturaleza muda y cruel.

El porvenir, ¡cuán risueño! Las sociedades futuras, abreviando el espacio, multiplicarán las sensaciones en una misma unidad de

tiempo. Las ideas, los descubrimientos, los heroísmos y grandes acontecimientos vibrarán al unísono en todos los cerebros con la misma facilidad con que el sol difunde su luz. La Naturaleza ¡cuan buena y solícita parecerá a los hombres de entonces!

La Mecánica invisible del Cosmos, ha tejido con delicados y sutiles hilos la fina trama del tejido cerebral. La energía infinita de esa Mecánica se difunde en el pensamiento.

Valiéndonos de esos misteriosos hilos, tratemos de deslizarnos y remontarnos al través de las infinitas corrientes y armoniosos ritmos, aprovechemos el gran sistema de la ideación de la Filosofía positiva, y tratemos de escalar el porvenir.

(1906)



ASEPSIA Y ANTISEPSIA DE LAS VIAS URINARIAS



De los ramos de la cirugía, el menos favorecido por el método de Lister y los descubrimientos de Pasteur, ha sido sin duda el de las vías urinarias. La patogenia de ciertas enfermedades, conocidas hoy como de origen infeccioso, al mismo tiempo que el origen microbiano de la fiebre urinosa (Albarrán) han despertado la tendencia, que de algún tiempo a esta parte se manifiesta, de colocar el importante ramo de las vías urinarias bajo la estricta dependencia de la asépsia y de la antisepsia.

Las infecciones urinarias, como la piohemia y otras, que hace algún tiempo han desaparecido de la cirugía general, se encuentran aún hoy en el ramo de vías urinarias o no ser en ciertos y determinados servicios, en que los métodos asépticos y antisépticos se llevan a cabo con todo rigor.

Condiciones de no infección del aparato urinario.

Hoy la clínica de vías urinarias, ayudada de la experimentación, ha podido determinar cuales son las condiciones para la no receptibilidad de la infección en el aparato urinario. Se sabe que cuando el aparato urinario conserva íntegro su epitelio, a la par que su fisiología es completa, no tiene lugar la infección. Lo prueban las experiencias de Albarrán, Hallé, Blumm y otros, quienes, inyectando en la vejiga de conejos sanos cultivos de microbios, en plena virulencia no han podido provocar el más mínimo trastorno.

Esto, que nos enseña la experimentación, nos explica el por qué enfermos que se sondan o son sondados sin precauciones asépticas no tienen infección. Esta no ha podido llevarse a cabo por las mismas razones que en los experimentos antes citados: por la integridad del epitelio y por el completo funcionalismo de la vejiga, que expulsa, con la totalidad de la orina, todo lo que puede haber de elemento bacteriológico.

Condiciones de infección.

Para que se constituya una infección, se necesitan dos elementos: primero, un medio que tenga propiedades adecuadas de vitalidad;

segundo, la presencia del germen externo o interno (microbismo latente: Bouchard).

El medio lo preparan todos aquellos procesos que alteran la nutrición o disminuyen la vitalidad del aparato. Tal sucede en los prostéticos con distensión de la vejiga; en los mielíticos o también en los traumatismos de la médula. En los diabéticos, la presencia del azúcar en las orinas favorece el cultivo de los micro-organismos.

La retención completa, cuya patogenia se conoce bien, después de las experiencias de Albarrán, favorece grandemente la infección. La infección en los urinarios puede ser de dos modos: espontáneo o instrumental.

Infección espontánea.

La infección espontánea se divide, a su vez, en infección espontánea ascendente y en infección espontánea descendente.

La infección espontánea ascendente es rara, y podemos citar, tal vez como único ejemplo, la infección blenorragica.

Uretra.—En el hombre se infecta la parte anterior de ésta fácilmente: puede propagarse la infección a la uretra posterior: esta infección a la uretra posterior, se hace unas veces por propagación de continuidad; otras veces es debida a imprudencia de los enfermos, como el montar a caballo o también por inyecciones forzadas en un tratamiento mal comprendido.

Vejiga.—Cuando la uretra posterior está infectada, es fácil que se infecte la vejiga: bien sea por propagación en las inflamaciones muy violentas o bien por un catetrismo intempestivo: tal sucede en las cistitis blenorragicas.

Infección espontánea ascendente en la mujer.

Morfológicamente, la uretra de la mujer representa la uretra posterior en el hombre.

En la mujer la uretra se infecta con más frecuencia por sus relaciones de vecindad.

En la vagina y en la vulva viven número considerable de microbio?, aún en estado normal; entre ellos, unos son patógenos y otros no lo son: entre los patógenos, Albarrán ha demostrado la existencia, en la vagina de la mujer en estado normal, de la bacteria piógena, y ha comprobado la existencia de la misma bacteria piógena en un caso de celulitis pelviana, post-puerperal. Vidal ha encontrado el *stapgylococcus áureus* en la vagina y después ha encontrado en la infección puerperal el mismo micro-organismo.

Se comprende, pues, con qué facilidad será inyectada la uretra de la mujer.

Vejiga.—Dada la poca longitud de la uretra en la mujer, a más de las condiciones señaladas, no debe sorprendernos que las cistitis espontáneas sean mucho más frecuentes en ella que en el hombre.

Las cistitis puerperales, no reconocen otro origen que la fácil introducción por la uretra de los micro-organismos que viven en la vagina y vulva, cuyo desarrollo puede hallarse favorecido por el traumatismo que sufre o puede sufrir la vejiga durante el parto.

Urétere.—Las lesiones ureterales en la mujer son generalmente unilaterales y el tipo que presenta el útero es el verdadero tipo de la uretritis; es decir, de origen inflamatorio, paredes gruesas, induradas, y la longitud del uréter disminuido, lo cual le hace tomar una dirección casi rectilínea.

Riñón.—Siguiendo el mismo mecanismo de propagación espontánea ascendente, no es raro ver en las mujeres las pielonefritis.

Infección descendente.

Esta clase de infección (tesis Albarrán) se limita en general al riñón y la infección se hace por el torrente circulatorio general. Podemos citar, como ejemplo de esta clase de infección, la nefritis escarlatinosa.

A veces se extiende a la vejiga y a la próstata, como en la tuberculosis y en la piohemia.

Infección instrumental.

Uretra.—Las sondas o instrumentos que no estén completamente asépticos, infectarán completamente la uretra: ejemplo, la uretritis de los prostéticos que están obligados a sondarse a menudo: las uretritis de los individuos sometidos a la dilatación.

Vejiga.—Se infecta, bien sea por traumatismo, hecho con instrumentos sépticos, en cuyo caso la inoculación se hace directamente o bien por cateterismos sépticos, en los casos de retención completa o incompleta (Guyón).

Los traumatismos ocurren en la vejiga, no sólo con los sondeos, sino más a menudo aún en las operaciones prolongadas como la litotricia. El traumatismo puede ser ligero y localizarse la infección en la vejiga, pero puede ser considerable y dar lugar a una infección general, que puede terminarse por la muerte en el espacio de pocas horas.

Una vejiga, que no se vacíe por completo, será infectada al primer cateterismo séptico. La orina que queda estancada, unida a los detritus orgánicos que existen siempre en esos casos, más la temperatura del cuerpo, hacen un buen caldo de cultivo para que el pri-

mer microbio que llegue de lugar a una infección de las orinas y en seguida a la infección de la vejiga.

El profesor Bouchard dice que basta un microbio para producir en 10 horas 60 millones y billones en 24 horas.

Uréteres.—La infección de los uréteres puede ser debida a un traumatismo, y aparece también en los casos de retención completa en que la orina ha sido infectada; entonces, a causa de la distensión, la vejiga y el uréter han perdido su contractilidad y la tensión vesical hace subir por el uréter, en un momento dado, junto con las orinas, la infección, que llega hasta el riñón. (Experiencias Albarrán)

Si en un mielítico o en un individuo que por traumatismo de la columna vertebral o lesión de la médula, tiene paralizado su aparato urinario y con la parálisis de la vejiga, ha venido la retención, si en estas condiciones hacemos un cateterismo séptico, la infección de la vejiga es segura, y a esta infección sucederá con gran rapidez, gracias a la parálisis del aparato urinario, la supuración de los uréteres, de los bacinetes y de los riñones; y entonces, como sucede casi siempre en estos casos, el individuo muere, no por su lesión de la médula, sino por la infección producida en su aparato urinario: muere por pielonefritis supurada.

(Experiencias de Albarrán). Si a un conejo se le secciona la médula, al nivel de su duodécima vértebra dorsal y se le abandona con su parálisis, muere por uremia, que es el último término de la retención de orina, y muere sin haber tenido nada de infección. Si por el contrario, al conejo con su médula seccionada a dicho nivel se le hacen cateterismos sin precauciones asépticas, su árbol urinario supura a las 24 horas y el animal acaba por morir, como el mielítico: muere por pielonefritis supurada.

Los prostáticos con distensión están sujetos al mismo proceso. Esto nos demuestra hasta que punto el cirujano que quiere salvar su responsabilidad, debe ser escrupuloso en los cateterismos.

Asepsia.

En vista de los grandes trastornos que produce la infección en los urinarios son muchos los trabajos y ensayos que se han llevado a cabo para asegurar una asepsia rigurosa. Hoy mismo, las experiencias más concluyentes, a la par que más prácticas son debidas a la iniciativas de Albarrán y sentimos que no estén terminadas en la fecha que esto escribimos para darlas a conocer en todos sus detalles.

Si para lograr la asepsia de los instrumentos la cosa es fácil cuando se trata de los instrumentos metálicos, la dificultad sube de punto cuando se trata de sondas en cautchouc.

Los instrumentos metálicos pueden hacerse hervir y llevar la temperatura en el auto-clave hasta 120 grados, temperatura en que no solo mueren los microbios, sino también los esporos.

Los instrumentos metálicos pueden soportar temperaturas elevadas y además tienen la ventaja de resistir largo tiempo en soluciones antisépticas fuertes.

El gran desiderátum para las sondas en goma y cautchouc es el desinfectarlas a la alta temperatura y conservarlas luego en líquidos antisépticos.

La sonda de cautchouc rojo, llamada sonda de Nelatón, resiste bastante bien a la ebullición y al sublimado al 1 por 1000; pero esta sonda no es la única, ni la más usual en vías urinarias y así tenemos, por otro lado, las sondas «olivares» llamadas exploradoras, las sondas «bequille» de Guyón y las sondas «bujías» que, siendo, de goma no pueden subsistir temperaturas suficientemente elevadas para ofrecer completa garantía bajo el punto de vista de la asépsia; a este inconveniente debemos añadir el de descomponerse a las pocas horas en soluciones verdaderamente antisépticas como la solución de Van Swieten.

Antes de pasar adelante citaré las sondas que ha ideado Albarrán con objeto de subsanar esos efectos: consisten en una armazón de seda, revestida de una capa de gutta-percha, al interior como al exterior, estas sondas, en las experiencias que con ellas ha hecho su autor, han resistido temperaturas de 150 grados durante media hora y además pueden estar varios días en el sublimado al 1 X 1000 sin alterarse. Estas sondas, hoy en construcción, están llamadas a jugar un gran papel, no solamente bajo el punto de vista de la asepsia, sino también en los países cálidos por su resistencia al calor.

Como quiera que las sondas Albarrán no están aún en la práctica corriente, dado que las experiencias hechas son muy recientes, esperaremos a que Albarrán de su juicio completo, junto con el otros experimentos que le son personales y que tienen por objeto asegurar la asépsia en el tratamiento de las afecciones del aparato urinario. Nos ocuparemos de como se hace la asépsia en las sondas cautchouc.

Método de Enrique Delageniere.—Habiendo observado que las sondas de cautchouc podían resistir hasta 110 grados durante media hora, sin que sufrieran alteración, se le ocurrió hacer aplicación del método de Kocli para esterilizar las sondas: a este fin coloca en tubos de vidrio las sondas y demás instrumentos que, no siendo metálico?, se emplean en vías urinarias; se pone al tubo de vidrio un tapón de algodón y así dispuesto se lleva a la estufa a la temperatura de 100 grados. Esta preparación debe practicarse tres días seguidos

antes de servirse de los instrumentos; se coloca el tubo de vidrio tres veces consecutivas en la estufa con el objeto de matar los microbios y luego sus esporos. Cuando el cirujano quiera servirse de uno de estos instrumentos así preparados tendrá buen cuidado de sacarle del tubo, guardando todas las precauciones antisépticas; es decir, las manos completamente asépticas, como si fuese a hacer una operación cruenta y volver a tapar inmediatamente el tubo de vidrio en que están los otros instrumentos. Antes de usar el instrumento o la sonda debe engrasarse convenientemente y siempre con sustancias asépticas, como aceite fenicado o bien vaselina bórica. Después que se ha usado la sonda, se seca con algodón y se coloca aparte, con el objeto de esterilizarse en la estufa antes de volverla a emplear.

Este es el método que se sigue en el servicio del Dr. Terrier.

Método Albarrán. Para esterilizar las sondas por este método se procede del modo siguiente: se toma una caja rectangular de 75 centímetros de altura por 50 anchura, cuya cavidad esté dividida en dos partes desiguales por un enrejado horizontal. En la parte inferior se coloca un recipiente lleno de bisulfito de soda, y en la parte superior se disponen los instrumentos destinados a esterilizarse en la parte superior se adapta una llave para la salida del aire y gases que se desprendan y además un tubo de vidrio terminado en embudo, que hace comunicar el recipiente con el exterior.

Las cosas así dispuestas, se deja caer por el tubo que va al recipiente ácido clorhídrico: empieza en seguida el desprendimiento de ácido sulfuroso, que al principio sale mezclado con el aire que había en el aparato, para cuyo fin se deja la llave abierta antes de empezar la operación: cuando empieza a salir el ácido sulfuroso puro se cierra la llave, como el aparato debe estar perfectamente cerrado, queda en el interior del mismo ácido sulfuroso. Los instrumentos se dejan en esa atmósfera durante 12 horas. Las sondas así tratadas son completamente estériles, pues si colocamos en caldos de cultivo pedazos de estas sondas, los caldos quedan perfectamente estériles: no sucede lo mismo con las sondas que han pasado sencillamente por el sublimado al 1 por 1000 pedazos de estas sondas, colocadas en caldos de cultivo a las 24 horas, han infectado los caldos.

Ahora bien, para servirnos de las sondas esterilizadas por el método Albarrán, se colocan, al sacarlas del aparato, en pequeños depósitos, baquets, con una solución del sublimado al 1 por 2000. En esta solución solo pueden estar las sondas y demás instrumentos de caoutchouc dos horas al máximo, so pena de que se deterioren.

Una vez usadas las sondas se ponen aparte, con objeto de esterilizarlas en el mismo aparato antes de que las volvamos a emplear.

Las sondas que habiendo estado en la solución del sublimado no hayan servido, tendremos esmerado cuidado en secarlas y ponerlas,

bien sea en tubos de vidrio asépticos, o bien entre dos capas de algodón aséptico también.

Todo esto que es cómodo en un hospital, no creemos que sea muy práctico para la clientela privada, para cuyo caso diremos lo que aconseja Albarrán.

Se disponen tubos de vidrio que tengan sobre 40 centímetros de longitud y 2^o o 3 centímetros de diámetro: estos tubos deben estar esterilizados, y esto puede hacerse en la estufa o bien en el mismo aparato de las sondas con el ácido sulfuroso; los tubos deben tener siempre tapones de algodón, que, como sabemos es el filtro aséptico de Pasteur: en estos tubos se colocan las sondas, de modo que el cirujano crea conveniente, ya clasificándolos por número, o de otro modo esa una cuestión secundaria, que queda al arbitrio del cirujano.

Creemos inútil indicar que en todas estas manipulaciones con las sondas debe tener el cirujano las manos completamente asépticas; es decir, lavadas con jabón y cepillo, pasadas por alcohol y en seguida por sublimado, y sólo así podrán garantizarse como tales.

Este método es el que se emplea hoy en el servicio clínico del profesor Guyón.

Otro método que podemos emplear, en caso que falte un esterilizador o que tengamos pocas sondas que emplear, es el siguiente: se lavan los instrumentos con alcohol y las sondas, no basta lavarlas por fuera, sino que es necesario hacerles una inyección de alcohol: luego se les hace la misma manipulación con el sublimado al 1 por 1000 para hacerlas luego hervir durante media hora: por este método podemos estar seguros de tener sondas completamente asépticas.

En los casos que se tengan que esterilizar gran número de sondas, es preferible el método por el ácido sulfuroso.

Antisepsia.

Todo cuanto hemos expuesto en el capítulo anterior está dispuesto a prevenir la infección.

Muchas veces tendremos que hacer con enfermos ya infectados, en cuyo caso debemos recurrir a la antisepsia.

Uretra.—Antes de sondar un enfermo no debemos olvidar que en la mayor parte de las uretras existen micro-organismos, que muy bien pudieran ser patógenos y debemos por tanto cuidar de no arrastrarlos con el paso de las sondas hacia la vejiga. Para prevenir este inconveniente haremos el lavado de la uretra que llama Guyón, a Canal auvert. Se toma una jeringa que contenga de 160 a 200 gramos y con ella una solución boricada al 4 por 100: se hace pasar la inyección de modo que la jeringa no cierre por completo la luz del

meato; de este modo la inyección es proyectada hasta el esfínter de la región membranosa y como tiene libre la salida, en vez de franquear el esfínter, retrocede para salir por el meato, de este modo se puede hacer pasar una gran cantidad de la solución para la uretra anterior.

Cuando se trate de una infección en la uretra posterior, como suele suceder en la blenorragia, el mejor modo de hacer la desinfección, consiste en servirse del instilador de Guyón con cuyo aparato se hace el tratamiento in situ. Antes de proceder a la institución debe hacerse orinar al enfermo con el sano objeto de que la orina arrastre la cantidad de pus que pueda haberse retenido en la uretra posterior. Se coje entonces el instilador, que va lleno de una solución de nitrato de plata al 2 por 100 y llegamos hasta sentir el esfínter de la región membranosa, lo franqueamos y en seguida el enfermo acusará un vivo dolor, síntoma que encuentra su razón de ser, no solamente por la inflamación, sino porque siempre la uretra posterior es mucho más sensible que la anterior: hacemos la instilación de 12 a 15 gotas y retiramos el instilador. Si la instilación ha estado bien hecha no saldrá la solución; pero si por el contrario sale ésta al retirar el instilador la instilación ha estado mal hecha, pues quiere decir que se ha practicado más acá del esfínter membranoso, en cuyo caso tendremos que repetir la operación. Se aconseja hacer orinar al enfermo antes de la instilación, porque con el pus se forman albuminatos insolubles.

Vejiga.—El ácido bórico ha gozado de gran boga y crédito durante largo tiempo; pero hoy sabemos que no es un antiséptico, pues los cultivos tienen lugar a pesar de su presencia. Obra, sin embargo, y presta algún servicio cuando se emplea en gran cantidad; entonces podemos decir que su acción es mecánica: a esto se añade que es muy tolerado por la vejiga.

Sabiendo que la solución boricada no era un antiséptico se han ensayado otras, tales como las del naftol alcanforado y otras soluciones de iodoformo, pero sin resultado.

En la tuberculosis se ha ensayado la resorcina y el ácido láctico, sin resultados positivos.

En estos días se están haciendo ensayos con la creolina.

El nitrato de plata, que el profesor Guyón llama él *el amigo de las mucosas*, es el único que nos ofrece garantías casi completas, bajo el punto de vista de la antiseptia.

Si en las instilaciones se emplea al 1 por 50 para los lavados de la vejiga se emplea al 1 por 500 y al 1 por 300: con la solución al 1 por 500 basta en la mayoría de los casos: para servirnos de ella debemos lavar primero la vejiga con una solución de ácido bórico al

4 por 100, se inyectan luego de la solución de nitrato 50 ó 60 gramos, que se retiran en seguida. El tratamiento puede hacerse todos los días o cada dos, según la tolerancia de la vejiga.

Uréteres y riñones.—La antisepsia se realiza hasta la vejiga, con facilidad; pero esto no basta a veces la infección viene de más alto, puede venir por los uréteres o de los uréteres, del bacinete, y del riñón. En los casos, por ejemplo, de nefritis supurada, en que la infección viene del riñón, de nada le servirá al cirujano el hacer la antisepsia de la vejiga, pues la infección llega constantemente por los uréteres viniendo del riñón y pasando a la vejiga.

Para llegar a hacer la antisepsia de la parte superior del árbol urinario se han propuesto dos métodos: el método directo de Blumenthal y el método indirecto.

Por el método directo Blumenthal se propone hacer el cateterismo de los uréteres, penetrando en la vejiga por el tabique vésico vaginal. Esta operación, sobre ser cruenta, nos parece de una dificultad extremada, y para convencerse de ello basta intentar, no ya en el vivo, sino en el cadáver y aún con la vejiga en la mano, el hacer el cateterismo indicado: esta operación expone además a una fístula vésico-vaginal y es una nueva puerta abierta para la infección. Tiene también el inconveniente de no ser completa en los casos de nefritis, pues nos parece ilusorio por ese medio pretender llegar a los canalículos uriníferos.

En el hombre nos parece la operación mucho más difícil, porque es menos fácil llegar a la vejiga y porque hay menos campo operatorio.

Nos queda para terminar el método indirecto, que consiste en administrar al interior sustancias medicamentosas que, eliminándose por el riñón, sean capaces de producir la antisepsia del órgano.

El Dr. Terrier administra a sus enfermos ácido bórico, pero como sucede en las enfermedades del riñón, con la alteración en la secreción hay retención de úrea y ésta produce trastornos generales y dispépticos que hace intolerable el tratamiento.

Se ha administrado el salol, pero no daba resultados por ser insoluble.

Ultimamente hay una nueva preparación Lacroix, de salol soluble, con la cual Albarrán ha emprendido experiencias aunque con pocas esperanzas de llevar a feliz término el problema.